

La Palma.

SEMANARIO DE HISTORIA Y LITERATURA.

DOMINGO 14 DE MARZO DE 1841.

EL

Infante de Mallorca.

1565.

II.

Una hermosa quinta se elevaba en las cercanías de Barcelona, cuyo dueño Jaime de San-Clemente habia sido partidario acérrimo del infortunado Rey, que en los campos de Lluçmayor no pudo redimir la corona usurpada aun al precio de su sangre y de su vida. Los brazos de este venerable eclesiástico recogieron al Infante herido gravemente en la batalla, y él y una candorosa niña, á quien daba el título de sobrina, cuidaron con el mayor esmero del precioso vástago en que estaban cifradas todas sus esperanzas. Pero muy pronto el enemigo vencedor les arrebató aquel tesoro, y alejándose rápidamente no imprimió ni una huella en su camino: ignorábase por consiguiente la suerte del Príncipe, y el ojo mas perspicaz se perdía en la densa niebla que rodeaba el objeto de sus investigaciones.

Después de aquella sangrienta derrota, Jaime de San-clemente habia pasado á Barcelona como para espiar en el semblante del rey don Pedro, el destino de su víctima. Agrupáronse en su alrededor los pocos leales que alimentaban el mismo pensamiento de reedificar un día

el trono que habian visto desplomarse. Pero el real huérfano no parecia; el cielo estaba horriblemente obscuro y no se mostraba en él la rutilante estrella que debia conducirles. San-Clemente les consolaba en su desamparo, respiraba en sus pechos como para sostener y avivar con su soplo el ardor caballeresco que les animaba, y exortábalos á tener puesta su esperanza en el supremo Rey, que con la facilidad misma que separaria las palmas de sus manos unidas, divide las filas de numerosos combatientes para abrir entre ellas un camino á sus escogidos. La lealtad fatigada con la tardanza apoyaba su frente en el pecho de este varon, al modo que un amante, cansado de esperar y sin ánimo para abandonar el puesto, se reclina en la pared de un vecino templo.

Fortun habia sido el ángel que anunciara la feliz nueva tanto tiempo ardorosamente deseada. Reanimáronse las esperanzas de los leales, y recurrióse luego á la autoridad medianera del Pontífice para que con el escudo de su protección cubriese aquel príncipe sin valimiento, y con su voz, eco de la voz divina, quebrantase los cerrojos de su prision. El papa Inocencio VI solicitaba en vano su libertad; D. Pedro oponia á sus instancias que debia comunicar con los prelados y barones de sus reinos un negocio de tanta trascendencia, pero en su corazón estaba ya decretado el encierro perpetuo del infante. Este no debia salir sino para la tumba. La sentencia era irrevocable, porque la ambiciosa política de D. Pedro la habia dic-

tado, y su orgullo resentido la autorizaba con profundo sello. La noble entereza con que don Jaime rechazó la humillante propuesta de su tío, apagó en el pecho de este la última centella de humanidad: desde entónces la cárcel se convirtió en tortura, y el carcelero en verdugo. El Rey mandó construir un aposentillo de hierro para tener por la noche enjaulada su víctima, y entregándola á Rovira no ignoraba que podía confiar en él como Pluton en la ferocidad del Cerbero.

El primer sol del mes de mayo tocaba el término de su carrera. Sus últimos rayos se perdían entre los florecientes rosales de un vergel parecido á un riquísimo tapiz de cien colores que se despliega á los pies de una reina. Constanza respiraba allí su aromática brisa medio embelesada en sus deliciosos pensamientos. Dos eran los afectos que campeaban en su corazón, y ni ella misma hubiera decidido cual era el mas fuerte, activo é imperioso. Semejantes á dos avecillas que se arrullan en un nido, ninguno se envanecía de ser el primero, porque el otro no podía ser el segundo: uno empero había crecido con el tiempo, otro nacido ya grande. Cuando la niña Constanza velaba al hijo de su Rey gravemente herido en el rostro, sentía exaltarse tanto su afecto que el entusiasmo de la lealtad se abalanzaba casi hasta la esfera del amor: cuando la jóven Constanza abrió su pecho á los efluvios de esa pasión vehemente, la imagen de su querido Umberto Desfonollar se colocó respetuosa al lado de aquella que sola desde mucho tiempo llenaba su corazón. Sin duda en su fondo estas dos imágenes murmuraban un misterioso diálogo, cuando lo interrumpió la llegada de San-Clemente, á quien Fortun y Umberto acompañaban.

— Hija mía, dijo el anciano, ya se acerca la noche que ha de traernos la aurora de nuestra felicidad. El cielo ha oído por fin mis votos. Eran tan ardientes... tan repetidos.... Bendigamos la mano del Todopoderoso que descubre una senda segura por entre los precipicios y malezas que la obstruyen. Noble guerrero, añadió volviéndose á Desfonollar, he aquí el lazar que te espera.

— Mis sienes dejarán de latir muy presto, ó serán dignas de llevar esta corona.

Constanza en cuyos ojos de fuego y en cuya sonrisa de ángel brillaba la esperanza con todos sus atractivos, recorría de una cariñosa ojeada el bravo continente y gentil apostura del ufano doncel. Umberto, le decía, si volvieses á mi presencia como un cobarde... Oh! no... si murieses en la demanda mis lágrimas regarían tu honrosa tumba, y mis lágrimas....

— Valen bien una vida, exclamó entusiasmado Umberto.

— Serian por ti... y por él.

— Cuerno de Satanás! no tendré yo quien me llore ni haga siquiera un par de muecas, si alguna maza viene á contarme las costillas. Pero no haya miedo: En buenas manos está el pandero, ¿no sabemos todos que allí donde no se acerca el lobo tal vez la zorra mete su hocico? Confianza tengo en Santa María de Valverde, y en nuestro amigo el cerragero que hemos de dar la vuelta por aquí sanos y salvos, ántes que la luna nos muestre sus cuernos de plata como diz que los trae en su gorra un caballero portugués.

— Querido Umberto, si la robustez de mis brazos respondiese al valor de mi alma, no os dejaria yo sin compartir los peligros y la gloria de tan generosa empresa. Oh! quien pudiera ser hombre esta noche para ser tu compañero, y muger mañana para ser tu esposa!

— Hija mía, á nosotros nos pertenece orar solamente para que el Señor derrame la copa del desaliento en el corazón de nuestros enemigos.

— Y á nosotros poner pie en el estribo porque es hora de colarnos en la ciudad, dijo Fortun cogiendo del brazo á Umberto, y señalando con el índice de su izquierda dos briosos caballos que en la puerta del jardín ensillados esperaban.

— Dios os bendiga, defensores de la buena causa.

— Amen, respondieron los guerreros arrodillados mientras el venerable eclesiástico hacia sobre ellos la señal de la cruz. San-Clemente besó tres veces en la boca al paladin, y este imprime

mió sus labios en la mano que le había bendecido.

Pocos momentos despues veíanse cubiertos de una nube de polvo dos ginetes á quienes seguían los ojos de Constanza humedecidos con una lágrima de ternura, de fidelidad y de amor.

El infante de Mallorca desde la entrevista con su tío quedó abismado en un profundo abatimiento. Sin fuerzas para resistir á la tempestad, dejábase llevar de la corriente á manera de la barquilla en que ha naufragado el piloto. La última raíz de la esperanza estaba ya seca en su corazón, y al clavar sus ojos empañados en el cielo parecía decirle: todo está aquí. Sin embargo era muy triste volverlos á la tierra para encontrarse siempre cara á cara con el áspero semblante de Rovira. Esta idea era atroz como un remordimiento. Esta vision le perseguía incesantemente como á un asesino la fantasma de su víctima: hubiérase dicho que el alcaide era su sombra, si un rayo de sol penetrase en las espesas rejas de su prision. Ni la obscuridad de la noche le libraba de semejante martirio. Cuando resonaba á lo lejos el ruido del rastrillo que caía, y el rechinado de las puertas que se cerraban, dejábase el infante arrastrar á su jaula y acurrucábase en ella para dormir un sueño incierto y penoso, pero poco despues en medio de un silencio aterrador oía los acompañados ronquidos del alcaide, y sentía la impresion horrible que causara á una oveja descarrriada el ahullido de un lobo en la caverna que á entrambos guarecía.

En la mitad de la noche apercibiósse Rovira de un extraño rumor. Parecióle haber oído las puertas del alcázar que se abrían. Sin su orden, y á tal hora!... El ruido de los pasos aumentaba en la galería, y como que allí se trabase una especie de lucha sorda en que todo el esfuerzo de los vencedores se dirigía á sofocar la respiracion de los vencidos. La idea de traicion asaltó su mente, y jurara haber oído aquella voz. Bastóle un momento para saltar de su lecho, armarse de pies á cabeza, embrazar un escudo, y empuñar su terrible maza. Encaminábase á la puerta de la torre cuando una llave, que no era la que solía colgar de su cinto, penetró en la

cerradura, un recio empujon abrió la puerta de par en par, y algunos guerreros desconocidos se precipitaban por ella, pero el delantero quedó tendido en el umbral y los demas retrocedieron espantados.

— En nombre del cielo y de la justicia de sus derechos entréganos al Rey de Mallorca, dijo Umberto Desfonollar, pero aquel á quien dirigió sus palabras no contestaba sino blandiendo una maza como si fuera un mimbres.

Embistieron de nuevo los parciales de don Jaime pero en vano. La puerta había cedido para dar lugar á una muralla de hierro.

— Por el alma de mi padre! exclamó Fortun. Está visto: á ese diablo se le antoja almorzar mañana en los infiernos. Pues será bueno arrearle un poco para que llegue pronto á la posada. Y cogiendo una ballesta cejó algunos pasos y disparóla con toda su fuerza.

La saeta dió un silvido y se quebró la punta en la plancha de acero que revestia el escudo.

No todos los que custodiaban al infante habían concurrido en el trato de abrir las puertas á sus valedores, así es que en aquel momento se distinguía á la débil luz de las estrellas una lucha terrible entre los dos partidos. Veíanse arrastrar por el suelo unos mónstruos de cuatro pies que se retorcian de mil modos, pero que no podían andar. Los amigos de Fortun se arrojáran sobre sus compañeros que dormían, y abrumándoles con su cuerpo, y ciñéndoles con sus robustos brazos, y comprimiéndoles el pecho con sus pechos, les detenían el aliento para que no articulasen un grito que destruyera sus esperanzas, pero ellos forcejaban para desasirse y bajo la férrea mano que les aplastaba los labios, con interrumpidos esfuerzos proferían la palabra ¡socorro!

El alcaide rugía de cólera y empezó á vociferar. Umberto se estremeció con aquellos gritos de alarma cien veces mas formidables que los golpes de su maza. Desesperado avanzó con la espada desnuda, pero ántes de llegar á su enemigo solamente empuñaba la guarnicion. La hoja partida en dos pedazos había caído á sus pies.

Aquellos momentos eran horriblemente angustiosos. Al sordo estrépito de aquella lucha sombría en que los enemigos se buscaban en la obscuridad, agitándose rabiosamente como sombras de condenados, despertó el infeliz príncipe y reconoció el difícil trance en que se veía. La salvación ó el patíbulo pendían de un hilo que luego luego debía romperse. El mismo pensamiento atarazaba las entrañas de sus leales servidores; y entretanto seguía la voz del alcaide que clamando traición! sobrepujaba el tumulto de la batalla como un trueno el de la tempestad.

Perder un momento era perderlo todo. Umberto dió un salto de alegría, y cogiendo una enorme piedra rompió la reja de la ventanilla: Fortun, exclamó, acabemos de una vez, adentro. Y dicho esto teniendo apretada la daga con sus dientes, probó á introducirse por la ventanilla para distraer la atención del feroz alcaide. Adios Constanza, murmuró no dudando que su arrojó debía costarle la vida. Por fortuna suya cuando Rovira advirtió un bulto que asomaba en lo interior de la torre, perdió algun tanto de serenidad temiendo ser acometido á un tiempo de frente y por la espalda. Arrebatado de ira descargó su maza sobre Umberto, pero el golpe resbaló en su casco de acero y únicamente le dejó sin sentidos, le desmenuzó la cimera y le hizo saltar la daga toda bañada en sangre. Fortun y sus amigos aprovecharon aquel movimiento y precipitándose sobre él le tendieron en tierra. Fortun tenía que vengar los duros tratamientos que recibiera el infante, y la horrible contusión del bravo Umberto: la cabeza de Rovira separada del tronco y rodando entre los pies de los vencedores, atestiguaba la apetecida venganza.

— Amigos míos! generosos amigos! exclamaba D. Jaime luego que le hubieron sacado de su aposentillo, y su blanda mano se enlazaba con las duras y callosas de sus salvadores que parecían calzadas en unas manoplas de hierro cubiertas de orin.

Al mismo tiempo Umberto recobró los sentidos y exclamó á media voz: viva el Rey de Mallorca! viva, repitieron sus compañeros y todos salieron apresuradamente. (Se concluirá.)

ESTRELLAS.

Cuando la noche de su negro manto
La creación entera va cubriendo,
Y por dó quier de soledad y espanto
Las huellas imprimiendo;

Y del bullicio de agitado día
Débiles se perciben ya los sonos,
Cual postreros suspiros de agonía
De todas las pasiones;

Plácele al alma, libre y solitaria
Allá elevarse dó el Eterno mora;
Plácele dirigirle su plegaria
Que sus miserias llora,

Y plácele también en sus delirios
Ese campo de luz brillante y clara
Recorrer, olvidando los martirios
Que en la tierra probara.

Estas islas de plata que hermosean
La patria bella que llamamos cielo;
Estos fuegos de amor que nos recrean
Y que nos dan consuelo.

Y allí el alma busca su morada
Tímida, incierta, ansiosa, palpitante,
Y todo, de placer enagenada
Lo admira en un instante.

Y recorre esas luces peregrinas,
Mas su ser y su fin en vano explora:
Sabe solo que son obras divinas,
Y humilde las adora.

Y unas veces creyéndolas espejos
Dó las virtudes del mortal se miran,

Busca con ansia en ellas los reflejos
Que las suyas inspiran.

Ó quizá de los seres celestiales
Imperios de esplendor los juzga luego;
Ó tal vez de los justos ya inmortales
Tronos de amor y fuego.

Y entónces palpitante de contento
Y creyéndose ya divinizada,
Busca gozosa en ellas un asiento
De su cuerpo olvidada.

Y afanosa y alegre y placentera
Quiere de su criador mirar la cara,
Y en el sólio sentarse lisongera
Que su amor le prepara.

Mas en medio tal vez de aqueste encanto,
De mundanal orgía el ronco acento
Lleva á su oído, causándola espanto,
En sorda voz el viento,

Y al escucharlo el alma, estremecida
De su ilusión hermosa rompe el velo;
Que aun al frágil barro se halla unida;
Aun es de este suelo.

Y llora entónces, y se desconsuela
Sus sueños al mirar desvanecidos;
Y por aquel instante solo anhela
En que serán cumplidos.

Aquel instante en que de las cadenas
De su cuerpo caduco libre el alma,
Sentada entre los astros, á sus penas
Suceda dulce calma.

Que aquellos brillos puros y fulgentes
Los mira como puntos de esperanza,
Cual lenguas del Eterno, que elocuentes
Prometen venturanza.

Bellas luces que en el cielo
Desplegais vuestro fulgor,

¿ Sois emblema de consuelo,
Ó de esperanza, ó de amor?

¿ Una mano omnipotente
Os ha puesto acaso allí
Por decir á nuestra mente
«Mira, espera, y cree en mí»?

¿ De las cohortes soberanas
Sois el número sin fin?

¿ Ó eco sois de los Hosanas
Que repite el Querubin?

Cuando el señor todo el cielo
Después del mundo formar
Recorrió en celeste vuelo
Para su obra contemplar,

¿ Vuestro ser acaso, ó estrellas,
En aquel punto empezó?

¿ Fuisteis vosotras las huellas
Que á su paso el Dios dejó?

¿ Ó de su gloria destellos
Desprendidos, solo son
Esos luceros tan bellos,
Gradas de la adoración?

¿ Acaso en nuestra memoria
Dios os quiso allí fijar
Para que algo de su gloria
Pueda el hombre columbrar?

¿ Sois vosotras los mil fuegos
Que su trono circundáis?
¿ Sois las que al Señor los ruegos
De los hombres presentáis?

¿ Ó de ángeles que vigilan
La tierra, esa gran nación,
Estos mil puntos que oscilan
Las pupilas bellas son?

De aqueese campo de encantos,
De esa pradera sin fin
Que á los ángeles y santos
Sirve de bello jardín,

¿ Sois las flores de hermosura
Que el Eterno allí plantó?

¿ Sois las que riega luz pura
Que de su gloria manó?

LA RELIGION.

REVISTA RELIGIOSO-LITERARIA

de Barcelona.

En medio de los diarios políticos que solo luchan un momento con mas ó menos gloria para caer tan en breve y en tanta oscuridad como sus hombres de estado, y en que los bandos y pasiones usurpan á las ciencias tantos ingenios y esperanzas; en medio de esos periódicos de tocador ó de café que se proclaman órganos de las bellas letras, y que son respecto de la verdadera literatura lo que un Casino respecto de un Ateneo; en medio de una generacion para cuyos estudios políticos y literarios basta saber los decretos que salen y los dramas que se anuncian; aparece un periódico invariable y permanente como los intereses que defiende, modesto como los instrumentos de una causa divina, harto poco conocido como las verdades y sentimientos que le inspiran; diríase que entre el clamor de los sistemas y las pretensiones del orgullo, sigue pacífico su marcha, levantados sus ojos al cielo, seguro de la sublimidad y del éxito de su mision. Su nombre solo es conocido de los literatos, así como el de su redactor lo es solo de sus amigos; el periódico se llama *La Religion*, el redactor D. Joaquín Roca y Cornet.

Cierto que ni el deseo de gloria ni otra alguna ambicion humana bastarian á explicar la constante aparicion de un periódico espiritua- lista en una de las ciudades mas notables por su adhesion á los intereses materiales y positivos, ni la asiduidad de viglias y trabajos científicos en medio de una sociedad indiferente y estóicamente epicúrea en que apenas encuentran eco otras voces que las humanas, y en que las coronas de laurel reposan rara vez á la sombra de los templos. Esto como todos los esfuerzos y sudores que no hallan premio acá en la tierra solo puede explicarse, por aquella llama que en una alma pura se eleva siempre hácia los

De las almas de los buenos
Que al seno de Dios huyeron,
Y que de su gracia llenos
Vuestra region traspusieron,
Sois los reflejos que brillan
Tras del bello manto azul,
Y aun veladas maravillan
Al traves de ese chaul?
Luceros de lo infinito
Sea cual fuere vuestro ser,
Yo os adoro y os medito
Obras de inmenso poder.
Barreras sois que separan
Miseria de beatitud.
Mudas respuestas, que aclaran
El enigma del ataud,
Por eso asombrado el hombre
De esos mundos de luz ver,
En vano busca algun nombre
Para concebir su ser.
Y al contemplarlos tan bellos,
Esclama en su admiracion;
«De la omnipotencia sellos
Aquestos que miro son.»
Por eso el alma que agita
Duda amarga sin solaz,
Si os contempla y os medita
Dice «creo,» y halla paz.
Y por eso el orbe todo
Al mirarse tal como es,
Obra frágil, sucio lodo,
Su puesto halló á vuestros pies.
Y confuso y humillado
Contemplándoos así,
Dijo al hombre avergonzado
«¡Allí es todo, solo allí!»
Bellas luces que en el cielo
Desplegais vuestro fulgor,
Sois emblema de consuelo
Y de esperanza y de amor.

cielos; por aquel ardor de gratitud hacia la madre común á quien el mayor apologista no puede pagar la décima parte de lo que le debe, por aquel heróico celo que ha llamado á un se-
glar en medio de las filas de los levitas abatidos ó dispersos, y le ha constituido en la prensa casi único representante de la religion, al lado de tantos otros que han consumido desde luego sus fuerzas por la mayor parte ó desiguales para la lucha, ó estraviados en tortuosas sendas donde era fácil naufragar. Por esta vez la voz del genio ha respondido á la voz del cristianismo, y la perseverancia se ha puesto de parte de la verdad, pues la *Religion* lleva ya concluido el cuarto año de su publicacion, cuatro años que equivalen á un siglo al presente.

El vasto plan que comprendió y la cadena no interrumpida de sus materias han contribuido no poco á su duracion y esplendor, porque para escribir un periódico religioso que satisfaga completamente las necesidades de la época no basta como para un diario político lanzarse á la arena sin otra preparacion ni objeto que comentar los sucesos que ocurran y alimentarse de la polémica diaria; no basta transcribir por entregas un cuerpo entero de cánones ó de teología; no basta deplorar los males con retóricas declamaciones que no hacen sino perder á aquel grito de dolor toda su eficacia y sencillez; no basta anatematizar el movimiento que nos arrastra, pues ¡ay de la sociedad si el siglo y el cristianismo se vuelven de comun acuerdo las espaldas, y si se hace desesperar á aquel, como á un réprobo, de su salvación! No así la *Religion*; despues de buscar al hombre hasta dentro las sombras del ateismo y de abrir por grados sus ojos á luz revelada, remontándose con él hasta las primeras edades en las que recorre todavía los primeros eslabones de la tradicion, va lenta y magestuosamente desenvolviendo el plan de la religion, del cual cada artículo solo descubre una parte, así como cada siglo solo ha hecho en él un paso; constante é imposible en su esplicacion en medio de nuestras lamentables crisis, como la Providencia en su cumplimiento al traves de las revoluciones de los imperios. La profundidad de las investiga-

ciones y la copia de erudicion que distinguen estos artículos, cuya reunion formaria un curso completo de ciencia religiosa, que nada tendria que envidiar á ningun otro, y aquel lenguaje noble y encantador que hace reflejar las mas abstractas verdades y concepciones del entendimiento sobre el corazon y la fantasia, no son cosas tan comunes y cotidianas en España, que no merezcan señalarse como un acontecimiento literario; y puesto que nuestra patria permanezca extraña al gran movimiento científico de la Europa en que todo parece nuevo porque todo ha tenido que estudiarse y reconstruirse, los progresos en los mas nobles y fundamentales de los estudios nos consolarán en parte de nuestra rutinaria política y de nuestra raquítica literatura.

Penetrado el Sr. Roca de la grandiosa metafísica de Bonald y de las brillantes imágenes de Gerbet, al lado de sus felices ensayos en este género, ha intentado hacernos conocer como modelos por medio de acertadas traducciones los dos principales órganos de las ciencias religiosas en Francia la *Universidad católica* y los *Anales de filosofía cristiana*, que por su parte con el cariño de hermanos primogénitos le han dispensado testimonios que habrán sido en lo humano el mas dulce premio de sus afanes. Mientras que se introduzcan géneros de que carece nuestro suelo, mientras pasado el período de estudiar no háyamos llegado al de pensar, no condenaremos las traducciones ántes bien las creemos indispensables como las copias ántes de los originales; si bien es preciso decir para gloria del periódico que nos ocupa, que sus ensayos casi siempre se confunden con los modelos. La moral, la historia, la crítica, la poesía, la antigüedad con todo su aparato, las ciencias naturales con todos sus descubrimientos alternan en sus páginas como para demostrar que las ciencias son otros tantos radios que se reunen en el comun centro de la religion, y tienden á desagrararla con sus homenajes así como todas fueron cómplices en su demolicion.

Pero nosotros deseáramos que un periódico que tanto merece por su mérito ocupar la aten-

ción de la literatura, se ocupara también de ella; que el autor de los brillantes artículos de *Literatura* insertos en los números 28 y 30 no dejara engañados los deseos que sus ensayos en todos géneros no han hecho mas que escitar, y que el joven colaborador que tanto prometió en sus poesías de *El ángel y el niño*, y *Rogad por ellos* nos diera otros frutos de su fecunda imaginación, que la madurez del gusto perfeccionara sin duda. Y ya que las musas y la literatura andan fugitivas de los teatros y máscaras donde se quiso encerrarlas, ábranse para ellas las puertas del santuario, pues mientras carezcan de templo propio, siempre estarán mejor al pie de los altares que espuestas por las calles á la profanación de una juventud imbecil y corrompida. Así los laureles humanos se entretajaran mas estrechamente con las auréolas del cristianismo.

Formar un juicio detallado de las producciones que contiene la *Religion*, enumerar las bellezas que la distinguen, seria pretender extractar en un par de columnas ocho tomos en 4.º en que fuera difícil escoger: á nosotros nos basta consignar este homenaje que satisface al par nuestras simpatías con el noble objeto del periódico, y nuestra amistad con el autor; sí, nuestra amistad, y lo confesamos sin temor de que se nos declare parciales, porque la pura y racional amistad no es mas que el impulso del corazón que se lanza á lo que el entendimiento le ha mostrado como bello y verdadero. Y si entre los periódicos como en algunas tribus del Canadá, hubiese de buscar cada uno su par para enlazarse á él con un vínculo de confraternidad, ningún otro escogiera el nuestro que la *Religion*, siempre que esta no se desdénase de su humilde hermana. Loor al digno español que ha buscado su gloria en el cristianismo, y cuyo libro es una muda pero enérgica protesta contra la historia contemporánea de su patria! Loor al sabio apologista que ha conciliado tanta dulzura y tolerancia con tanta energía y dignidad en defensa de una creencia hija al mismo tiempo de la suprema verdad y del amor increado! Loor al hombre modesto que ha ocultado y como absorbido su nombre

en el de la religión que defiende, semejante al ministro eclipsado al pie de los altares y perdido en los resplandores de la Divinidad que adora!

J. M. Q.

Á UN JACINTO.

Flor que de una mano bella
Pasaste ayer á la mia,
El modelo

De tu forma es una estrella
Y de tu color umbría,
La del cielo.

Flor cuyas hojas matiza
La luz pura y misteriosa
De sus ojos,

Cuyo tallo no se eriza
Como el tallo de la rosa
Con abrojos.

Tal vez sola desperdicias
La fragancia embalsamada
De tu broche

Al recibir las caricias
De la brisa regalada
De la noche.

Mas si una beldad arranca
Prendada de tus hechizos
Tu capullo,

Y adornas su mano blanca
O luces entre sus rizos
Con orgullo;

No en valde entónces consumes
Tus purísimos perfumes
Linda flor,

Ni con perdido desvelo
Copias del mar y del cielo
El color.

¿Por qué á mis manos veniste,
Si viniendo á mí perdiste
Mejor dueño?

¿Por qué fingiste mi gloria;
Si mi dicha transitoria
Era un sueño?

Si alménos, bello jacinto,
Hubieras sido un presente
De su amor.....

Prenda de afecto distinto
Juguete eras solamente
Sin valor.

T. A.

PALMA DE MALLORCA.

* Imprenta nacional á cargo de D. Juan Guasp.